

LAS REFORMAS LIBERALES Y LA VÍA AL ESTANCAMIENTO

Desarrollo histórico y conciencia social¹

(1987)

«El propósito de estas páginas introductorias era demostrar hasta qué punto los hechos históricos, políticos y socioculturales, “interpretados” por los intelectuales de la clase dominante, determinan la conciencia social y, a través de ella, la actividad intelectual y el comportamiento de los individuos.»

Eloy Terrón Abad

Concepción sociológica de la conciencia social como hilo teórico conductor

Por conciencia social puede entenderse los contenidos de ésta y el dinamismo que los organiza en una totalidad en constante proceso de transformación o de modificación. De ahí, la identidad de contenidos y de organización (sobre la base de la lengua, que es su soporte físico, ante todo) en las conciencias de los hombres de un país, de una nación; y de ahí, también, el que la historia, como proceso social, y el conocimiento histórico, como reflejo de aquélla, influyan en los acontecimientos y en la organización de los mismos, configurándolos, y proporcionen los rasgos característicos y diferenciadores de la conciencia social de un país, como fundamento a su vez de toda la actividad intelectual, artística y emocional de una comunidad humana.

La conciencia social está formada por los contenidos objetivos sociales interiorizados por medio del lenguaje y organizados conforme a los propósitos sociales más determinantes. Esto excluye todo elemento de origen puramente individual, ya que las relaciones sociales -y, en concreto, las relaciones interpersonales contraídas y anudadas por cada individuo- son absolutamente determinantes en la interiorización de los contenidos de la conciencia social.

De acuerdo con esta concepción sociológica de la conciencia, es indudable la existencia de una conciencia social, así como el papel

¹ Manuscrito. Primera versión, inédita, del prólogo del libro de Enrique Prieto Tejeiro, *Agricultura y atraso en la España Contemporánea (Estudio sobre el desarrollo del Capitalismo)*, con el desarrollo del primer apartado del siguiente esquema previo (en nota manuscrita independiente):

Las reformas liberales y la vía al estancamiento

1. Desarrollo histórico y conciencia colectiva
2. El sistema terrateniente
3. Una contradicción básica inmoviliza el país
4. Presión demográfica y renta de la tierra.
5. Un país corroído por la crisis.
6. La creciente tensión desemboca en la guerra civil.

En el prólogo definitivo (publicado ya en esta Biblioteca Eloy Terrón) se aborda toda esta temática, aunque sin atenerse formalmente a este esquema, salvo la correspondiente al primer apartado, que es, en cambio, el objeto de este otro texto.

(Transcripción, revisión, subtítulo, notas y glosas de Rafael Jerez Mir).

determinante de ésta en todas las actividades del individuo y, con características especiales, en las actividades artísticas e intelectuales. Por lo demás, esta concepción sociológica de la conciencia -social e individual- es coherente y racional y profundamente adecuada a la práctica y el comportamiento humanos. No tiene nada de metafísica ni de mística, y se opone a la concepción (generalmente aceptada por todo el mundo, al menos por todo el influido por la cultura judeo-cristiana) que concibe el alma como una creación expresa o específica de Dios para cada individuo, al que le es insuflada en el momento de su concepción.

Esa concepción vulgar de la conciencia es muy importante para poder entender cómo se ha elaborado y difundido la conciencia social en el pasado, en sus relaciones con el proceso histórico y con el conocimiento del mismo. De acuerdo con ella, Dios -al crear cada alma dotada de memoria (el conjunto de recuerdos, las ideas innatas), entendimiento y voluntad- condiciona, determina, toda la actividad psíquica futura del individuo; es decir, cada individuo nace con una capacidad intrínseca que Dios, en su infinita sabiduría, ha considerado adecuada para guiar su comportamiento en el puesto o papel social que va a cumplir. Esto es lo que cree todo el mundo, desde un ignorante campesino de aldea hasta el presidente Reagan (por poner un ejemplo concreto).

No obstante, los hombres -y los dirigentes religiosos, en particular- se esfuerzan en enmendar la plana a Dios, como si no creyeran en la existencia de un alma inmortal, dotada de entendimiento, memoria y voluntad, puesto que no escatiman los trabajos para adoctrinar, adiestrar, entrenar y regimentar a los individuos desde su más tierna infancia, y se dedican incansablemente a esa tarea de remodelación, hasta no dejar nada a lo espontáneo que Dios creó. Son las clases dirigentes y dominantes, en concreto, las que más empeño ponen en adoctrinar y en regimentar, primero a sus propios miembros (piénsese, como ilustración de esto, en un Seminario católico, cuyos alumnos son modelados con exclusión de toda influencia exterior) y, después y en la medida en que les es factible, a los demás; y eso, mientras los componentes de esas clases, que sostienen y propagan unas determinadas creencias, practican exactamente lo contrario.²

² Esta temática introductoria se aborda de otra forma es una nota manuscrita independiente. A saber:

Desarrollo histórico y conciencia colectiva *

Una nación -o, como se dice ahora, un Estado cuyos habitantes llevan a cabo una serie de actividades más o menos interrelacionadas- tiende a formarse una conciencia de sí misma, una conciencia colectiva. Dentro de una amplia gama de posibilidades, esa conciencia está formada por la acumulación de creencias que satisfacen el sentimiento de comunidad de los individuos, les enorgullecen o halagan su vanidad de pertenecer a un grupo o sociedad diferenciados, distinguidos, poderosos, etc.

Durante siglos esta conciencia colectiva fue privativa y exclusiva de la clase que detentaba el poder, o de quienes estaban estrechamente ligados a ella, como el clero y la clase media, formada por altos funcionarios y profesionales. Durante largos periodos, clérigos y burócratas leguleyos fueron los creadores y los depositarios de la conciencia colectiva, si bien el conjunto de creencias de la clase dominante sólo llegaba a las masas campesinas -y artesanas- en la medida en que el clero hacía uso de ellas desde el púlpito para encandilarlas o aterrorizarlas.

Habitualmente, las masas campesinas vivían al margen de la conciencia colectiva de la clase dominante, abandonadas y entregadas a su concepción primaria del mundo -de su mundo-, generada por la actividad productiva, y que formaba parte de la milenaria tradición popular no escrita. Esa fue la situación característica y definidora de las masas campesinas que, entregadas a una economía de subsistencia, vivían sometidas pero no integradas en la sociedad española, porque ésta, salvo el púlpito, no tenía medios para obrar sobre ellas.

Impulso de la vinculación del conocimiento histórico con la conciencia social en orden a la legitimación de la actividad política de la clase dirigente-dominante

La necesidad del conocimiento de nuestra historia para justificar decisiones políticas se ha planteado en varias ocasiones en este país. Así se hizo en el siglo XVIII, cuando se quiso delimitar cuáles eran las iglesias de patronato real; ya antes los procuradores en Cortes le pidieron al monarca que encargase el estudio de la historia del reino para ayudar a la elaboración de las leyes (cuyo papel en la formación de la conciencia social no puede discutirse); y se podrían aducir otros muchos hechos para confirmarlo.

Por lo demás, la vinculación más estrecha del conocimiento histórico con la conciencia social se da en el campo de la actividad política, fiscal y militar. Lo que tiene su explicación: esa vinculación puede determinar el acierto (el éxito) o el fracaso de las decisiones que se tomen; y un político, o un militar, no podrían identificar las decisiones correctas para determinar el contenido de la conciencia social sin una dosis de conocimiento histórico.

Con todo, el conocimiento histórico correcto es aún mucho más determinante, como contenido de la conciencia social, en las actividades artísticas, científico-sociales y similares.

¿Quién puede dudar, por ejemplo, de la influencia decisiva del pasado histórico nacional y su interpretación ideológica en las obras de arte (en su realización y en sus contenidos)? Basta comparar, para constatarlo, las obras de los mejores escritores y artistas del siglo XVIII con las de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX. En una y otra época cambió, en concreto, la valoración de los hechos políticos y culturales de los siglos XVI y XVII, por necesidades histórico-culturales. Ahora bien, en tanto que los escritores y artistas del siglo XVIII infravaloraban el Siglo de Oro -si es que no lo condenaban- como una época de barbarie y mal gusto, los de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX consideraron, con exaltación creciente, los siglos XVI y XVII como la culminación del poderío español: un Imperio en cuyos dominios nunca se ponía el sol; el Siglo de Oro de las letras y las artes, en el que florecieron aquellos monstruos, Lope de Vega, Cervantes, Calderón y tantos y tantos otros; una época grandiosa en la que se realizó la mayor hazaña desde el advenimiento de Jesucristo, esto es, el descubrimiento, evangelización y conquista de América, las Leyes de Indias, el oro y la plata, los galeones,... ¡Qué tiempos aquellos! El Emperador Carlos V, Felipe II, las guerras contra los protestantes y contra el Turco, la batalla de Lepanto, también Flandes y la armada invencible, etc., etc.

En el plazo de un siglo, se produjo, pues, un cambio profundo en la conciencia social de las clases dominantes, en razón de las exigencias de la acción política y del conflicto entre clases sociales.

* Por conciencia colectiva no entiendo aquí ninguna entidad metafísica o mística. Con estos términos se designa la forma de conciencia dominante en nuestro país o el conjunto de creencias e ideas más presentes en la clase social dominante y que, a través de los medios de comunicación, se irradia a otras clases sociales.

(N. del E.).

Cambio de la conciencia de la clase dominante e intento ilustrado de creación de una conciencia nacional española contra la hegemonía política y cultural frailuna

A finales del siglo XVII y a comienzos del siglo XVIII, la nobleza -al menos la castellana (léase andaluza)-, sus miembros más conspicuos, debían estar hartos de hacer de sacristanes y de familiares de la Inquisición; de ahí que vieran en el cambio de la dinastía la posibilidad de adquirir algún poder e independencia.

La dinastía austriaca había heredado el aparato de poder en el que se apoyaron los Reyes Católicos (debieron recibir tal apelativo por algún favor especial a la Iglesia), que se habían aprovechado a su vez de la organización del poder creado por la Iglesia. En ese nuevo marco del poder, los nobles no jugaban un papel hegemónico, sino más bien subordinado: y su subordinación se fue acentuando conforme se debilitaba la monarquía y se incrementaba la preponderancia de la Iglesia (o, mejor dicho, de las organizaciones religiosas).

Durante los últimos reyes de la dinastía austriaca, la monarquía española era una monarquía frailuna. A fin de unir voluntades para luchar contra ella, había que descubrir y destacar sus lacras y sus vicios, tarea que no exigía mucho esfuerzo ni mucho ingenio, pues el sistema había llevado al país a la más completa ruina. En esas condiciones, la nueva dinastía era una esperanza. Cómo serían las cosas para que, en los primeros años de reinado, se pusiese en boca de Felipe V que había gentes que confundían las puertas de la Dataría de Roma con las de San Pedro en el Cielo. En la monarquía frailuna se gobernaba escudándose en Roma, pero en provecho del grupo, de la orden.

Precisamente para luchar contra el ultramontanismo de las órdenes religiosas, se planean y se llevan a cabo a lo largo del siglo XVIII numerosos trabajos de investigación y de difusión de la historia y de la cultura castellana con el propósito de esclarecer y reforzar el espíritu español a fin de poner coto a las invasiones ultramontanas. Sus frutos fueron muy numerosos: la creación de la Academia de la Lengua y la elaboración del primer diccionario serio; los intentos tempranos de crear la Academia de la Historia; los denodados esfuerzos por crear, en las Universidades frailunas, cátedras en las que se enseñase el derecho español; etcétera, etcétera. Aunque lo más sorprendente de todo es la extrema penuria de medios, la falta de orientación y la hostilidad con las que tuvieron que enfrentarse estos primeros luchadores por la creación de una conciencia nacional, como primer paso para que el país lograra su unidad, su personalidad y su independencia y desempeñara un papel en el mundo (al menos, en el plano de la cultura).

Ese primer intento de creación de una conciencia social española, sobre contenidos propios y con una interpretación nacional, fue posible por la coincidencia, hasta cierto punto, de los propósitos particulares de la nobleza con los intereses generales del país; así lo evidencian muchas de las medidas tomadas por la élite política ilustrada, y aparece con toda claridad en las publicaciones del conde de Campomanes o en las promovidas por él.

Ahora bien, lo más sorprendente de todo es que esa búsqueda de una conciencia social nacional dirigida contra la hegemonía política y cultural frailuna se convirtió, más tarde, en el primer germen sobre el que se edificaría la ultrarreaccionaria teoría de las dos Españas: la España frailuna,

ultramontana, inquisitorial, y la España castiza, jaranera, realista, improvisadora, liberal (en el buen sentido) y un poco incrédula.

En el siglo XVIII se produjo la quiebra de la hegemonía frailuna-inquisitorial en razón de la actitud crítica y de rechazo a la tutela absolutista por una parte de la nobleza (que debió ser muy importante) y por aquellos clérigos que, como intelectuales, se sintieron atraídos por la búsqueda de las bases culturales -de los rasgos más genuinos, más característicos y diferenciadores- de lo nacional, de lo español. Fue aquél un momento histórico crucial y esperanzador, en el que se descubrieron las enormes posibilidades que se abrían para el desarrollo de una cultura genuinamente española, una vez liberada del corsé monacal-inquisitorial y de la increíble y farisaica identificación de lo nacional-español y lo católico (identificación que se resucitaría, por cierto, en los mejores tiempos del franquismo, como superación de las dos Españas).

La llegada de un Borbón a la corona de España influyó ya notablemente en la ruptura del aislamiento en que estaba sumido el país desde el reinado de Felipe II. Aunque con dificultades, se establecieron entonces al menos las relaciones con Francia, embarcada en aquel momento en un importante desarrollo intelectual. Se acusó así la llegada de nuevas ideas a pesar de la incansable vigilancia de la Inquisición. Se formó una corriente intelectual, muy importante en los reinados de Fernando VI y de Carlos III. Y el pensamiento nacional naciente recibió un gran impulso, al enriquecerse de modo extraordinario con las ideas de los ilustrados franceses en el último cuarto del siglo XVIII, coincidiendo con la aparición de las primeras relaciones con el pensamiento inglés (*La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, se tradujo al castellano por los años 80 y 90, lo que fue ya, sin duda, toda una hazaña intelectual).

Revolución Francesa e invasión napoleónica; triple escisión de la conciencia nacional, reconstrucción política y nuevos contenidos de la conciencia social

La Revolución Francesa ejerció una influencia poderosa sobre la conciencia social española que provocó una fuerte división en la conciencia nacional, al perfilarse tres grandes corrientes de pensamiento. Una de ellas, ultramontana y frailuna, fue sostenida por los sectores más reaccionarios del clero regular y del secular, aunque este último en menor grado (algunos curas y frailes se habían adherido con entusiasmo a la nueva corriente de independencia intelectual). Otra se formó con aquellas personas que, siendo partidarias de la corriente de pensamiento liberada de la hegemonía ultramontana, se asustaron ante los “excesos” de la Revolución Francesa y aceptaron la ideología antifeudal pero sin querer ir demasiado lejos (su prototipo podría ser Jovellanos). Y la tercera, más genuinamente nacional y muy radical (en otra parte hablé de tradición “clandestina”³), asumió soluciones democráticas, aunque de corte medievalizante, y conectó con las ideas más radicales de los revolucionarios franceses (los primeros escritos de Álvaro Flórez Estrada la representan muy bien).

³ Concretamente, en el epílogo (con el título «Conciencia individual y tradición nacional») del libro *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona, Península, 1969. (N. del E.).

La invasión napoleónica fue la primera gran sacudida que conmovió al viejo árbol hispano hasta la raíz y afectó a diversos niveles y sectores de la sociedad española.

A nivel político, se produjo antes que nada la defección de la clase dominante: se desmoronó la cúpula del poder y la alta nobleza, según se dice, huyó asustada. Pero, tras esto, se inició la reconstrucción política y militar de la nación por parte de la nobleza secundaria y de los profesionales, junto con numerosos clérigos, tras recabar la confianza del pueblo de las ciudades más importantes. En concreto, el eclipse del ejército regular, descabezado por la defección de la nobleza (que detentaba en exclusiva sus mandos superiores y medios), abrió el camino a la espontaneidad popular y a la improvisación de las guerrillas, que lo afectarían en profundidad (muchos de los nuevos oficiales del ejército procedían de las clases inferiores).

Por otra parte, el intento de ocupación y de gobierno del país por extranjeros trastornó las relaciones de convivencia afectando a la conciencia social. Se impuso la violencia. Esto llevó a los individuos a elegir nuevas opciones de vida: hubo que armarse y organizarse, y convertirse en soldados y luchar y matar hombres, lo que no fue fácil para ciudadanos corrientes: las conciencias de éstos sufrieron profundos cambios y trastornos, al tener que hacerse con alguna justificación para matar a otros, improvisando y aceptando nuevas ideas -nuevos contenidos de la conciencia social- en general.

El proceso de difusión de la conciencia social también se ensanchó. Porque no fueron sólo las clases dominantes las afectadas por el proceso de ideologización, ya que éste penetró, con motivo de la invasión, hasta abarcar a amplios sectores de la población urbana y rural. La lucha contra el invasor se hizo en defensa de lo propio, de lo acostumbrado, de lo cotidiano; esto es, de la nación, según unos, y del Rey, según otros. Pero, en cualquier caso, se configuró y se difundió la idea de la nación, de lo español; y la conciencia social dio un salto cuantitativo.

Las mismas clases dominantes tomaron entonces conciencia de que la nación había sufrido una conmoción muy profunda cuyo resumen, claro, puede encontrarse en los discursos pronunciados por los diputados en las Cortes de Cádiz al discutirse la posible reversión a la Corona de los bienes que los Reyes habían cedido a los nobles en tiempos pasados en pago de los servicios prestados (en la práctica, la devolución de esos bienes se reduciría a la abolición de los señoríos jurisdiccionales). Y no deja de ser todo un síntoma en el mismo sentido el que el Conde de Toreno (uno de los nobles intelectualmente más preclaros, que jugaría luego un importante papel político entre los moderados en los comienzos del reinado de Isabel II) escribiese una *Historia de la Guerra de la Independencia y Revolución de España*; pues, al hablar de “revolución” en el título, viene a reconocer que la guerra contra los invasores franceses trastocó la sociedad española tan profundamente como para merecer tal nombre (si es que no lo hizo pensando que, si se conseguía hacer creer que había habido una revolución, la gente rehusaría hacerla de verdad).

La modificación jurídica de la propiedad y las desamortizaciones eclesiásticas y civiles, clave de las reformas liberales y de sus efectos sobre la conciencia social

Los cambios que se produjeron a lo largo del siglo XIX dieron lugar a graves contradicciones políticas, económicas y, por consiguiente, también ideológicas.

La modificación jurídica de la propiedad, núcleo de las reformas liberales, y la desamortización de los bienes de la Iglesia y de las tierras comunales y los bienes propios de los pueblos estuvieron en el centro de todos los procesos, como condicionantes objetivos de las modificaciones en la conciencia social y como clave de las reformas liberales antifeudales (que ocultaban intereses muy importantes, y el miedo invencible a una revolución a la francesa) y de las guerras civiles (que enmascaraban intereses económicos).

En principio, las contradicciones de la conciencia social fueron desoladoras e incomprensibles. Las reformas liberales fascinaron a los estratos más cultos de la población urbana y proporcionaron la base de la movilización popular en la primera guerra civil contra los carlistas. Pero esas mismas reformas provocaron también la alianza del pequeño campesinado con los estratos más retrógrados del país -los ultramontanos más integristas y feudales-, llevando la ideología y las posiciones reaccionarias frailunas a su radicalización extrema, hasta desembocar en una guerra civil en defensa del mantenimiento de un anárquico sistema feudal de estancamiento y miseria. Y no sólo esto. Pues, ante la gravedad de las contradicciones, algunos intelectuales liberales destacados propugnaron incluso la realización de reformas liberales radicales entremezcladas con reformas económicas de carácter abiertamente medieval; y esto, mientras, en cambio, fueron muy pocos quienes tuvieron conciencia de que no todas las reformas liberales eran progresivas y de su inconsecuencia en general, hasta llegar a cuestionarlas.

¿En qué beneficiaron las reformas liberales a las masas campesinas, e incluso a las urbanas? ¿Dónde estuvo el progreso? ¿En las reformas políticas formales, o en la preferencia de los campesinos por las relaciones de producción feudales, especialmente respecto a los bienes de la Iglesia y los comunales y propios de los pueblos. Todavía hoy, con todos los avances de la historiografía, de la economía, de la sociología, etcétera, hay que volver a hacerse este tipo de preguntas. ¿Cuáles eran las fuerzas del progreso, aun cuando de momento ocasionaran sufrimientos a las masas? ¿Cuáles, las que agravaban la situación sin conducir a ningún tipo de mejora general, mientras conducían al país a un callejón sin salida y al estancamiento, esto es, a la miseria y la desesperanza de las masas? ¿Qué podían hacer hombres inteligentes y honestos, como Flórez Estrada, Manuel Marliani, los primeros socialistas utópicos y otros? Y hay que hacérselas, no como el experto frente a un problema erudito, sino buscando la respuesta mediante la comprobación de la validez de los conocimientos históricos.

Inflexiones históricas básicas del sistema terrateniente y de su ciclo ideológico hasta el cierre de este último con el nacional-catolicismo del primer franquismo

Adelantando conclusiones, puede afirmarse que el destino de las reformas liberales básicas del siglo XIX (esto es, el cambio de la titularidad jurídica de la propiedad de la tierra y la desamortización de los bienes de la

Iglesia y la venta de los comunes y los propios de los pueblos) fue despejar el camino para la formación del *sistema terrateniente*; un destino que podría simbolizarse en el lema que, según se dice, dominó en las Cortes de los años 1855-56: “¡ningún palmo de tierra sin propietario personal, físico”.

Es cierto que entonces se argumentó que esas reformas se hacían para acabar con el oscurantismo, la ineficacia y el abandonismo del sistema feudal. ¡Magnífico! Después de la revolución inglesa y tras la revolución francesa -tan próxima y tan peligrosa- ¿qué cosa mejor se podía hacer, qué tarea política más popular, que la de acabar con los negros vestigios del feudalismo español? Pero nadie debe engañarse. Las reformas liberales fueron tan incompletas como para que, mientras una parte de la antigua nobleza -la clásica y tradicional- aceptaba con “entusiasmo” la transformación jurídica de la propiedad, los grandes propietarios nobles oponían toda la resistencia que gentes con tanto poder e influencia podían ofrecer frente a la desaparición de los señoríos jurisdiccionales, supervivencia vergonzosa del más oscuro feudalismo (de hecho, ese tipo de “supervivencias” llegaría hasta 1936).

Por otra parte, el supuesto carácter progresista y democrático de las reformas liberales y del sistema terrateniente puede dilucidarse sin más que seguir su evolución histórica.

Durante su configuración, entre el final de la primera guerra civil (1840) y la segunda desamortización (1855), y su transformación en la década de 1850, el sistema terrateniente aparece en lucha militar, política e ideológica con el feudalismo en su forma ultramontana y frailuna y con el carlismo popular de las regiones de los pequeños campesinos (como las provincias vasco-navarras, Galicia y las comarcas del Maestrazgo y las pirenaicas del norte de Cataluña). Y esa hostilidad antifeudal persistió en la época de su consolidación, coincidiendo con la formalización de las apropiaciones procedentes de la transformación jurídica de la propiedad y de la desamortización de los bienes eclesiásticos y de los comunes y los propios de los pueblos, período que puede darse por terminado con la Restauración, en 1876.

En su primer período de apropiación de las tierras de la Iglesia y de los pueblos, algunos elementos de la clase terrateniente, o sus afines, se mostraron muy anticlericales y muy hostiles al feudalismo. Pero, conforme fueron ganando estabilidad, los viejos y nuevos propietarios de las tierras (explotadas ahora por pequeños colonos arrendatarios, en general), se inició un proceso de acercamiento de esos terratenientes a la Iglesia, hasta convertirse en buenos feligreses y en los mejores clientes de los colegios de las órdenes religiosas. Es más: cuanto más abierta se hacía la nueva contradicción, más se acercaban a la religión, a la Guardia Civil, y más empeño ponían en derechizar al ejército, tarea que se realiza ya bajo el primer gobierno de Cánovas.

Es lógico. Esos procesos implicaban un cambio ideológico paralelo y constante en la conciencia social. No es que los terratenientes necesitaran muchos argumentos para justificarse. Pero se habían convertido en una clase social importante: eran los propietarios del suelo -la base del orden social-, con rentas crecientes para alternar en Madrid, en la Corte, donde rodeaban al monarca y realzaban su esplendor, e incluso en París y en la Costa Azul, Biarritz y otros lugares selectos, junto a la alta burguesía europeo-occidental.

Ahora bien, ¿qué títulos podían exhibir aparte de la ostentación de sus riquezas? Tenían títulos nobiliarios, unos muy viejos y otros nuevos (la reina Isabel fue pródiga en concederlos a buen precio), pero esos títulos les decían muy poco a mucha gente. Había que reforzarlos. De modo que empezaron a recordar las glorias de Flandes y de Italia, y la conquista de América y del Imperio en que nunca se ponía el sol. Pues, si bien ellos no podían exhibir acciones gloriosas, sus antepasados las habían realizado por todo el mundo “hinchando el pecho e impasible el ademán,...”.

Como el presente era más bien chato, vulgar y hortera -pues se reducía a discutir con los colonos y a apretarles las clavijas para conseguir la subida de las rentas, o a discutir con el administrador o con el arrendatario general, como encargados de exprimir a los pobres colonos-, había que compensar sus miserias forjando una historia a medida de las ambiciones propias de la clase terrateniente. Así, poco a poco, sus auxiliares teóricos empezaron a hinchar y exaltar aquella parte del pasado que les era más favorable: la conquista de América, el Imperio, las Leyes de Indias, etc., etc. Con tan buen resultado, como para que un escritor tan poco sospechoso como Santiago Valentí Camp afirmara, en referencia a Pedro Dorado Montero, que éste fue uno de los escasísimos escritores que se liberaron de la fascinación del pasado imperial, que alcanzó incluso a Marañón, Azaña, Fernando de los Ríos y otras personalidades relevantes. Con todo, los entusiasmos de esas décadas se quedaron bien lejos de la embriaguez, delirante, vanilocuente y megalómana del franquismo de los años 40, que cristalizó en los tópicos del imperio nacional sindicalista, el Imperio hacia Dios y la vuelta de la cristiandad a la unidad anterior al desgarramiento iniciado por Lutero.

El sistema terrateniente cumplió su ciclo ideológico al volverse a lo que exigía la naturaleza del rentista feudal a partir de sus orígenes espurios en las reformas liberales. A saber: a la exaltación de las más oscuras fantasías medievales después del triunfo en la Guerra Civil del ejército y los políticos terratenientes; y al increíble anacronismo de oír a los intelectuales e ideólogos de los años 40 celebrar el advenimiento de una nueva Edad Media, justamente cuando la Era Atómica estaba naciendo en Álamo Gordo y en un mundo en que se empezaba a utilizar la penicilina, se acababan de crear el radar y los cohetes teledirigidos y se estaba iniciando la era de la informática. Aunque la incapacidad de la intelectualidad franquista fue aún más notoria en el dominio de las ciencias sociales, de la economía, de la pedagogía, la psicología y demás.

Los hombres equipados con una conciencia social cuyos contenidos se corresponden con los dominantes -si es que no les prestan la más firme adhesión, como en la España franquista de los años 40- están incapacitados para llevar a cabo actividades creadoras, tanto artísticas, literarias, como científicas.

Hegemonía de la historiografía liberal-terrateniente y primeros ensayos de estudio científico del desarrollo conflictivo de la España contemporánea

El propósito de estas páginas introductorias era demostrar hasta qué punto los hechos históricos, políticos y socioculturales, “interpretados” por los intelectuales de la clase dominante, determinan la conciencia social y, a través de ella, la actividad intelectual y el comportamiento de los individuos.

Parece evidente que la realización de la mayoría de las actividades artísticas, intelectuales y científicas exigen una actualización, una acomodación (una adecuación) de la conciencia social a las condiciones vigentes, sin lo cual los individuos no pueden orientarse, asumir los avances culturales (por ejemplo, científicos) para dominarlos y conseguir hacerlos progresar. Esto, que es hoy incuestionable, ha sido uno de los motivos fundamentales de nuestro atraso. De hecho, ya en la Real Cédula para fundar la Universidad de Sevilla, de Carlos III (1767), se decía que mientras otras naciones buscaban nuevas materias para la industria y nuevos luminarias para dirigir la navegación, nosotros nos dedicamos a conjugar el *principio quod* de la generación del Verbo.

En nuestro país se han dado pasos importantes desde que se empezó a romper con la organización y los contenidos de la conciencia social española determinados por el resultado de la Guerra Civil. De hecho, se ha avanzado hacia la adecuación de nuestra conciencia a las exigencias de la sociedad industrial (de la tecnología y de la cultura característica de la misma en general). Pero aún persisten poderosos factores de inadaptación y de atraso, especialmente en el dominio de los condicionamientos históricos y sociales, tan importante.

Es necesario depurar nuestra conciencia social de ficciones históricas, de fantasías socioculturales; y tenemos que adquirir clara conciencia de por qué se ha prolongado tanto nuestro atraso; tenemos que saber cuáles fueron las causas del mismo para quitarnos de encima cualquier complejo social, racial o religioso. Porque sólo conociendo esas causas podremos avanzar sin ningún temor a sentirnos inferiores (como les sucedió a quienes consiguieron emigrar) y sin vanagloriarnos como superiores, que de todo ha habido entre nosotros: todavía hacia 1950 -¡cuando estaba ya en marcha la Revolución Científico-Técnica!-, los jóvenes de élite (y entre ellos el declarante), en Madrid, se sentían el ombligo del mundo mientras seguían preocupados con el principio *quod* de la generación del Verbo.

Desde hace unos 30 años, y tras aquellas pintorescas ficciones de “España sin problemas”, se han hecho serios intentos de esclarecer las causas de nuestro atraso. Modestamente, el que suscribe ha participado en los primeros intentos, allá por el año 1958, aunque con poca fortuna, pues, si logró algún atisbo, también abrió camino a graves errores. Entre éstos, cabe destacar el haber confundido el cambio jurídico de la propiedad y las desamortizaciones, que liberaron relativamente mucha fuerza de trabajo a mediados del siglo XIX, con el proceso de la primitiva acumulación capitalista y, por consiguiente, con la revolución burguesa. Una interpretación que responde al propósito de autosatisfacción de los actuales herederos patrimoniales e intelectuales de la clase terrateniente, y que lleva a la incompreensión total de por qué se desencadenó la Guerra Civil de 1936; y una cuestión que planea todavía como una oscura sombra sobre la conciencia social de los hombres de hoy.⁴

En éste libro, y en otro de futura aparición, Enrique Prieto establece las bases para una comprensión más correcta y científica del desarrollo de la

⁴ Este párrafo y los siguientes coinciden con el final del prólogo editado con el libro de Enrique Prieto. (N. del E.).

sociedad española a lo largo de los conflictivos dos siglos últimos. Lo que en realidad ocurrió es lo que se propone aclarar el autor, en éste y en otros libros; en qué consistió la revolución o las reformas liberales.⁵

En opinión del que suscribe, Enrique Prieto pone perfectamente en claro las causas del atraso; tarea nada fácil, dado el predominio hegemónico de la ideología terrateniente, debido a su inconsecuente liberalismo (en su vieja acepción política, no en la actual de Milton Friedman, Donald Reagan y Margaret Thatcher) y, sin duda, también a la aureola de prestigio (habrá que indagar si merecida) adquirida por la intelectualidad entre finales del siglo XIX y la Guerra Civil, ese período que algunos autores actuales consideran de gran resurgimiento de la cultura española.

En ese período destacaron algunos científicos (como Ferrán, Ramón y Cajal, Moles, Marañón, etc.), algunos poetas (como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti y otros), algún novelista, algún dramaturgo. Pero en Historia solo hemos tenido eruditos que investigaron cómodamente dentro del marco ideológico liberal-terrateniente; y, de tal manera, que se puede afirmar que no hubo ningún progreso en la comprensión histórica de nuestra nacionalidad (al menos de la que se puede denominar castellana): nadie se salió de las interpretaciones predominantes (es decir, se sigue afirmando todavía por muchos que en España no había habido feudalismo).⁶

Los pocos intentos de aplicar el marxismo a la interpretación de nuestra historia fueron aguados por el anticomunismo latente de la sociedad española (en las clases superiores y en la pequeña burguesía, en especial), reforzado por las enormes dificultades para la circulación de la literatura marxista original y por la coincidencia de una tímida apertura con la expansión del anticomunismo de izquierda y la difusión de los “marxismos corregidos y aumentados”. La convergencia de estos factores dio lugar a aplicaciones unilaterales y “superadoras” que -como era de rigor- hicieron imposible la interpretación marxista del desarrollo de nuestra sociedad; sin contar, claro está, con la omnipresencia de la influencia intelectual (cultural) y emocional, incluso diría que patriótica, de la ideología liberal-terrateniente.

Faltaba, pues, conocer los resultados de la aplicación rigurosa del materialismo histórico (unido a un conocimiento de primera mano de nuestra historia) al desarrollo económico y social de los siglos XIX y XX -como lo ha hecho Enrique Prieto- para comprobar lo peculiar, lo más genuino de la cuestión española; ese proceso, que parecía escapar a todo intento de comprensión, resultaba fácil y accesible al materialismo histórico.

⁵ Eloy Terrón resaltó la clave última de su propia interpretación en una breve nota manuscrita independiente:

«La etapa liberal de nuestra historia ha sido la más triste y angustiosa para las masas campesinas de nuestro país: decaen de colonos a braceros, primero, y, luego, a marginados en nuestras sociedades o emigrantes en Sudamérica o en Argelia.»

«Las rentas no sólo impedían a los campesinos capitalizar para mejorar la producción; también imposibilitaban que se convirtieran en consumidores de productos industriales.»

(*N. del E.*)

⁶ En este brillante período literario y científico la economía era una ciencia peligrosa y por lo tanto, inexistente.

Cuando el que esto escribe leyó estos trabajos, sintió un entusiasmo y una emoción desbordantes, al mismo tiempo que una profunda pena, porque éste es el libro que más le hubiera gustado escribir. Pero, desgraciadamente, en la década de los 50 no conocía el marxismo ni disponía de medios para poder hacerlo; aunque, a pesar de ello, su tesis doctoral (presentada en junio de 1958 y publicada años más tarde con el título de *Sociedad e Ideología en los orígenes de la España Contemporánea*⁷) fue acusada de marxista por más de un miembro del tribunal. ¡Santa Lucía les conserve la vista!⁸

⁷ E. Terrón, *Sociedad e Ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona, Península, 1969.

⁸ El texto «Las reformas liberales y la vía al estancamiento» fue uno de los elegidos por su autor como posible contribución personal al libro *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje al profesor Alberto Gil Novales* (Lleida, Milenio, 2001), junto a otros con la misma temática general. Véase, al respecto, la siguiente carta personal (manuscrito, sin fecha).

Prof. D. Alberto Gil Novales
Madrid

Querido amigo:

Temo que esta carta llegue a tus manos demasiado tarde, porque en ella pretendo contestar a otra recibida por mí hace tiempo, del coordinador del libro homenaje que todos tus amigos te dedicamos con agradecimiento y cariño por tu dedicación a la enseñanza. Lamento mucho mi descuido, reforzado por una larga enfermedad que arrastro desde hace tiempo, un Parkinson.

Aunque tarde, si es posible, quisiera colaborar en ese libro homenaje a tu extensa y abnegada labor de profesor que conocí bien en tus primeros años, en los 50. Como pienso que varios trabajos míos, y bajo tu aprobación, podrían formar parte del libro, voy a sugerirte algunos títulos:

1º El artículo que fue publicado en la casi desconocida *Nuestras Ideas*, editada en Bélgica (parece que fue elogiado por el profesor Tuñón de Lara), sobre el periodo liberal 1820-1823.

2º Otro, también publicado, que prologa el libro del profesor Enrique Prieto, cuyo tema es “La formación de la clase terrateniente en España”.

3º La crisis de las reformas liberales y el camino hacia el estancamiento de la producción española.

4º Sobre la desamortización y el reforzamiento de la propiedad estancada.

Estos trabajos, algunos están publicados, otros no (por ejemplo, un artículo que me encargó y entregué a Enrique Múgica para la revista *Realidad* -¿Bélgica?- sobre la obsesión y la fascinación de los intelectuales españoles por “el imperio en el que nunca se ponía el sol”). Naturalmente, dispongo de un número importante de artículos no publicados de los que podría entresacarse alguno, a gusto tuyo o del coordinador; en esto tendrías plena libertad de elección. Todo esto en caso de que aún haya tiempo.

Si alguna posibilidad hay, estoy a tu disposición. Saludos a tantos amigos y recibe un fuerte abrazo.

(N. del E.).